

COSQUILLAS



DESENCANTO, por *Picó*
¡Qué bellas y atrayentes resultan por escrito las cosas del amor!
Porque prácticamente, ¡si no fuera por el agua...!

PICÓ

30
CÉNTIMO



Album de belleza

Ha sido rápida la faena llevada a cabo por la hermosa jamona: Pedirle a su joven galanteador que tomaran un *taxi* y, una vez dentro del vehículo, acurrucarse sobre el que ella cree un bebé inexperto, mimosa y gatuna, ha sido cosa de un instante. Luego, nerviosa y asustadiza, le ha dicho al imberbe con acento de terror que sea con ella un caballero y que no la haga daño alguno. A lo que él contesta un poco *mosca* al ver cómo le zarandea aquella señora: «¿Daño? No pase cuidado. Si se me hubiera olvidado la vaselina no digo que no.» Vuestro hasta la pleuresía, INCORDIEZ.

COSQUILLAS

REVISTA COMICO
SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:
CENTRAL ADMINISTRADORA

DE
PUBLICACIONES Y EDICIONES

Paño del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 22.17 S.

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ



Año I Madrid, 23 de octubre de 1926 Núm. 4



PELIZCOS

Constancia Talmadge se divorcia. Dice que tiene bastante con dos ensayos. En ellos se ha convencido de que no nació para casada, porque la vida del matrimonio exige reposo, y ella se parece por la agitación y el movimiento.

No creemos que el matrimonio sea incompatible con el movimiento, ni creemos que la Talmadge pueda asegurar que le basta con dos ensayos para quedar convencida. ¿Dos ensayos una mujer tan aficionada a agitarse? ¡Vamos, anda!

Hay una estación en la línea de Madrid a Hendaya—¿vamos a no decir cuál?—en la que se suelen producir alborotos por el cambio de líneas y la falta de asientos. Hace unos días nos tocó pasar por esa estación y contemplar uno de estos escándalos. Lo comentamos con un intelectual del pueblo. Y éste nos contestó:

—Todos los días ocurre lo mismo. Como que yo vengo a diario a la estación a distraerme con las "escarapelas" que se arman.

Tenemos un amigo un poco aficionado a la filosofía y al encaje de bolillos. He aquí un pensamiento suyo. O, por lo menos, que dice que se le ha ocurrido a él:

"Las mujeres elegantes son como los restaurantes elegantes: la cuenta suma un dineral y se queda uno sin comer."

¿Saben ustedes por qué admiramos tantísimo a los futbolistas?

Porque son uno seres maravillosos que han logrado lo que parecía un imposible: ponerle puertas al campo.

(¡Guau!)

Antes era casi abstemio por diversas razones que no queremos enumerar. Se casó hace dos meses y todavía no ha dejado un minuto tranquila a su mujercita. Parece que está empeñado en batir un record. Y lo peor es lo que al pobre le pasa:

—Cada día me gusta más mi mujer. Y cada hora me gustan más las de los otros. ¿A qué atribuir este... apetito desenfrenado?

—Al entrenamiento, hombre, al entrenamiento.

Este número ha sido revisado por la censura.

Biblioteca Regional de Madrid

Consejo desinteresado a las guayabitos inocentes:

"Si te atacan de improviso, no te muevas, que es peor."

Reproducimos de una plana de anuncios:

"Compleción vigorosa, buena presencia, joven de pueblo, veintiséis años, intimaría formalmente señorita posición. Escribid: Alcalá, 2, continental. S. G. G." ¡A ése, que es de pueblo!



Si tu perro se pega en la calle con una perra..., la verdad, no se qué aconsejarte: pero lo mejor es que esperes desde un portal, sin meterte a separarlos en sus diferencias.

No meriendes mariscos con tu novia, por que si después el hermano o el padre de ella te huelen la mano, te creeran un corruptor y hasta puede que te exijan que te cases ese mismo día.

No creas que todas las mujeres se ofenden porque las acaricies. Las hay que las gusta que las amen.

En un compromiso

¿Vive aquí D. Antonio López?

Dice el proverbio latino: "audacia, fortuna adjuvat", traducido expresamente para nosotros por un guardia urbano del distrito de la Latina, que la fortuna ayuda a los audaces.

En efecto. La práctica ratifica el proverbio; pero yo juro por todos los dioses olímpicos—Fleta inclusive—que he llevado a cabo, más aun, que he llevado a sargento, actos de verdadera audacia, y no me ha ayudado la Fortuna... ni Matías López.

Lejos de ello, me he visto metido de hoz y coz, expuesto a que me dieran una coz con una hoz en tremendos berenjenales.

Y digo berenjenales, porque he sacado siempre la nariz como una berenjena, ya por efecto de un golpe, ya a causa de la vergüenza.

Porque a mí, cuando se me sube el pavo, se me sube a la nariz.

Esto le ocurre también a muchas personas. Sin duda por eso el pavo tiene moco.

Pero recojamos el hilo de mi relación. Decía que me he visto metido de golpe y porrazo, y al borde del porrazo y del golpe por cometer actos de audacia.

Dichos actos no son, como algún malévolo pudiera suponer, los que he tenido

la audacia de estrenar en diversos teatros, con más o menos éxito.

No.

Tampoco pretendo convencer a nadie de que en la vida ordinaria soy un caballero audaz, ni siquiera un Carretero (José María); pero es que hay un elemento en el mundo que hace audaces a todos los caballeros: el elemento femenino.

Por una mujer—con o sin música del maestro Luna—el hombre más tímido se transforma en un Leónidas.

"Res, nou verba". Que traducido por el precitado guardia quiere decir y dice: "Hechos, no palabras"

Voy a demostrar con hechos mis aseveraciones.

Yo, cuando oigo a una mujer, y ésta se mete en el portal de una casa, no me detengo sobre el ruedo del dintel, como suelen hacer tantos y tantos incautos mancebos.

Tampoco doy la vuelta al ruedo.

Lo que hago es tirar escaleras arriba, tras la dama.

Este es un procedimiento que da excelentes resultados y que recomiendo a los "tenorios" de la urbe.

Por lo común, la joven perseguida, que no ha desplegado los labios en la calle, aprovecha la soledad de la escalera para volverse al persecutor y decirle con falsa cólera:

—¡Caballero!... ¡Es usted un atrevido!

El caballero debe responder inmediatamente con un acento que haga estremecer a la barandilla:

—¡Por usted soy yo capaz de subir los escalones del cadalso!

El hielo queda deshecho y la conquista hecha.

Yo lo hago así y certifico.

La cosa sería sencillísima si no existieran otras mujeres que son el terror de los conquistadores, como lo fué Coocemo para Hernán Cortés.

Estas terribles mujeres tienen declarada guerra a muerte al amor y a sus imitaciones, y pudiera creérselas el hábitculo de la moral y las Juanas de Arco de la Ética, si no fuesen tan fácilmente corruptibles por la dádiva.

Cuando una portera ve pasar ante su agujero una bella vecina seguida de un desconocido, sale rápida, como la araña a la vista de una mosca, y pregunta con un tono preñado de amenazas y en el noveno mes de este embarazo:

—¿Dónde va?

La respuesta es difícil.

Yo tengo la precaución de mirar si hay en la puerta alguna placa indicadora de un peluquero o de un médico. En este caso contesto:

"Al doctor" o "A la peluquería".

El peligro, sin embargo, no desaparece, porque la portera, escamada, suele colocarse en el hueco de la escalera, mirando si voy donde he dicho.

Hubo una semana que tuve que cortarme el pelo cinco veces y me quedé con la cabeza más rapada que la de un hoscipiano.



El que va solo.—Me ha dicho el galeno que estoy muy malo, que me voy a morir pronto y que únicamente dando paseos higiénicos por aquí se me alargará la existencia. ¡Qué ganas tienen estos doctores de variar de nombre las cosas!

Dib. de Mihura.

Y otra vez me vi en la precisión de llamar en casa de un otorinolaringólogo y fingir que iba a la consulta.

Le dije que no oía bien, yo, que oigo crecer la hierba, y el doctor, luego de reconocerme los oídos, me aseguró que, en efecto, tenía abollada una de las trompas de Eustaquio; pero que si continuaba visitándole acabaría oyendo más que un grillo.

El me cobró cinco duros y yo le cobré una antipatía enorme.

La verdadera especialidad de los especialistas es ésa: ver el mal que no existe o simular verlo.

Reanudando ni rapsodia, diré que cuando no veo placa alguna en los quicios del portal, apelo al recurso gallego de responder a una pregunta con otra: Al "¿Dónde va?" de la cancherbera, contesto: "¿Vive aquí don Fulano?"

Claro que en lugar de decir don Fulano, literalmente, digo un nombre y un apellido cualquiera.

La guardiana comprende mi "truco"; pero no tiene más remedio que constreñirse a añadir con desabrimiento:

—No, señor.

Menos una vez...

Hemos llegado a la tragedia.

Una vez en que me introduje en un portal de la calle de Hortaleza, yendo en pos de una ambigua señora, cuyo vivir jeroglífico pretendía descifrar, me salió a las espaldas una espantosa matrona.

—¿Por quién pregunta?—me gritó con voz de sochantre.

Me detuve, ya con el pie en el primer pedáneo, y respondí con acento meliflúo:

—¿Vive aquí don... Antonio López?

—Sí, señor. Ahí, en el bajo izquierda.

Me quedé frío. La casualidad me jugaba una broma pesada. Renegué de mi torpeza en haber pronunciado un nombre y un apellido vulgares, pero ya no tenía remedio.



—¡Arreat! ¡Ahí entra el baroncillo! ¡No!, pues de hoy no pasa que me pague los dos insomnios que me debe.

Dib. de Mihura.

El bajo aquel era un bajo algo abarritonado, porque estaba un poco subido. Era casi un entresuelo. No obstante, como la portera me veía y oía perfectamente, hube de subir a él y llamar al timbre del cuarto de la moda.

Me abrieron y pregunté de nuevo por D. Antonio López, pidiendo a Dios con el pensamiento que no estuviera.

—Sí, señor, pase usted.

¡Estaba!

Una doméstica vivaracha me condujo a un despacho, donde, tras una mesa muy grande, aparecía un señor corpulento con toda la cara del general Prim.

Nos saludamos, me indicó una silla, me senté en el borde de ésta y me quedé mirando a don Antonio López con una cara de idiota perdido que no podéis suponeros.

—Usted dirá—me habló el barbudo.

¿Qué le iba yo a decir?... La rapidez con que había pasado a su presencia no me había permitido pensar en un pretexto.

—Pues...—balbucí, rompiendo a sudar como si hubiese tomado veinte sellos de polvos de Dover—yo he venido... porque usted nunca..., siempre las cosas... como muchas veces...

—Permítame, ante todo—me interrumpió—que le pregunte quién le ha indicado a usted que viniera aquí.

—¡Ah!... Pues... un primo mío.

—¿Que ya se ha servido de esta casa?

—Sí... sí, señor.

—Perdóneme, pero como no quiero pagar contribución alguna a la Hacienda, procedo con cierta desconfianza ante todo cliente nuevo. No obstante, esta casa, amigo mío, es la que mejores mujeres puede proporcionarle.

Di un brinquito en la silla. Abrí los ojos cuanto pude. Un porvenir de rosa empezó a clarear en mi alocada imaginación.

—¿La quiere usted muy joven?—añadió don Antonio.

—Sí, señor, sí. Muy joven.

—¿De alguna provincia determinada?

—Me es igual que sea de Alicante o que sea de Zaragoza, con tal que sea de rechupete.

—¡Claro!—dijo echándose a reír el Sr. López.—Para el niño resultará siempre de *chupete*.

—¿Cómo para mi niño?

—O para su niña. ¿Es niño o niña lo que han tenido ustedes?

La luz se hizo en mi cerebro con la rapidez del relámpago.

¡Estaba en una agencia de amas de cría!

Veinte minutos más tarde salía un servidor de ustedes a la calle de Hortaleza con una moza de Orense que me había *colocado* don Antonio, quieras que no.

La hice subir a un tranvía, como si me la llevase a mi casa, haciéndola sentarse en el interior del coche. Me quedé en la plataforma posterior, y en cuanto pude me apeé sin que se diese cuenta. ¿Qué se iba a dar cuenta, si tenía una cara de bestia que daba espanto!

Parecía una vaca.

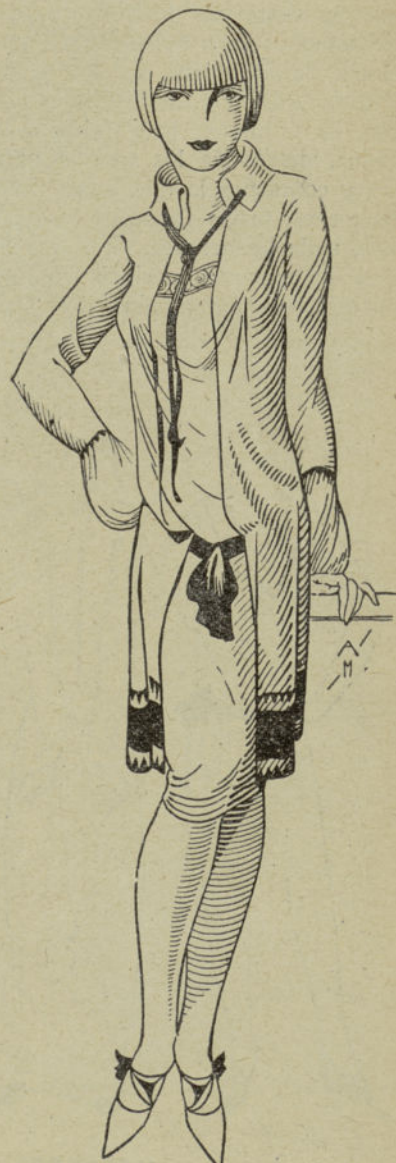
El tranvía era de los que van hasta la Dehesa de la Villa.

Allí debió ir a parar: a la Dehesa.

Después de todo, era su sitio. Estaría tan ricamente.

FERNANDO LUQUE

Las rodillas más carnositas y bien modeladas serán retratadas por Walken, el maestro, para COSQUILLAS.



UN PROBLEMA

—Y en lo sucesivo, ¿a quién darán mis hijos el nombre de papá?

Dib. de Moliné.

Comentarios de un demente

Lección moral del caso de un torero

Ha terminado, con las corridas del Pilar, de Zaragoza, la temporada taurina. ¡Respiremos, Señor! Por fin descansarán los críticos. Si yo fuera periodista, no aceptaría de mi director el encargo de reseñar la fiesta nacional. Hay que ver estos pobres muchachos la vida de perros que se llevan desde que comienza la canícula hasta que ahora, a mediados de octubre, se reintegran a sus hogares. Cuartillas y plumas en ristre van de Bilbao a San Sebastián, de San Sebastián a Pamplona, de Pamplona a Vitoria, de Vitoria o Oviedo, de Oviedo a Gijón, de Gijón, si hace falta, a la China, detrás de los toreros para ver y contarnos lo que hacen. Malos trenes, malas fondas, malas camas, nada les arredra. Creo que es el único menester periodístico que justifica esa garambaina del "ca-

rácter sacerdotal" de la profesión. Crítico taurino y mártir son, a no dudar, conceptos sinónimos. Al igual que los mártires del Cristianismo los críticos, tras su afanoso laborar, reciben, como premio, vejaciones e insultos. No hace mucho, un joven lidiador que empezaba su carrera—en el sentido honesto de la palabra; no en el sentido de miserable espantada ante el enemigo—, que empezaba su carrera, repito—otro voquible de peligrosa interpretación—, bajo los auspicios más risueños, escarneció a los críticos taurinos haciéndoles una faenita lamentable. Temblaron las esferas y los mundos. El malpocado e insensato bestiarío, arrepentido de su gesto, acaba de satisfacerles y honrarles. Desde junio a octubre, es decir, desde que empezara la fatigosa jornada de los críticos a que antes nos referimos, hasta que la temporada fina y se impone el reposo, el imprudente lenguaraz no ha matado, lo que se dice bien, ni un par de bichos. Tarde sobre tarde y con una ejemplar tenacidad de la que no hay ejemplo, muleteó a torcidas, hirió a mansalva y escabulló el bulto. En obsequio a los críticos, para desagrararlos, como pública penitencia por su desmán procaz, el hombre ha sufrido de nuestros, almohadillazos, pitas y hasta persecuciones por las calles. "¿Decíais que yo soy un maleta? Pues vedlo confirmado. ¿Decíais que me carcome el miedo? Pues helo aquí patente. ¿Dictaminasteis que soy un becerrista? Becerrista y aun menos, si es posible. Lo que me importa, lo que apetezco, lo que me cumple es velar por los prestigios de la Prensa, por un mal día detenté. ¡Vedme, señores, lleno de golpes y harto de improprios! ¡Mea culpa! ¡Mea culpa! ¡Gracia! ¡Gracia!..."

Si mi opinión, profana, pesase en el concierto de opiniones, yo pondría a los críticos taurinos una función de desagravio al *Niño de la Palma*. Medítenlo, Eduardo Palacio

Biblioteca Regional de Madrid



UNA BARBIANA OJEROSA,
por Enciso.



HERREROS
66

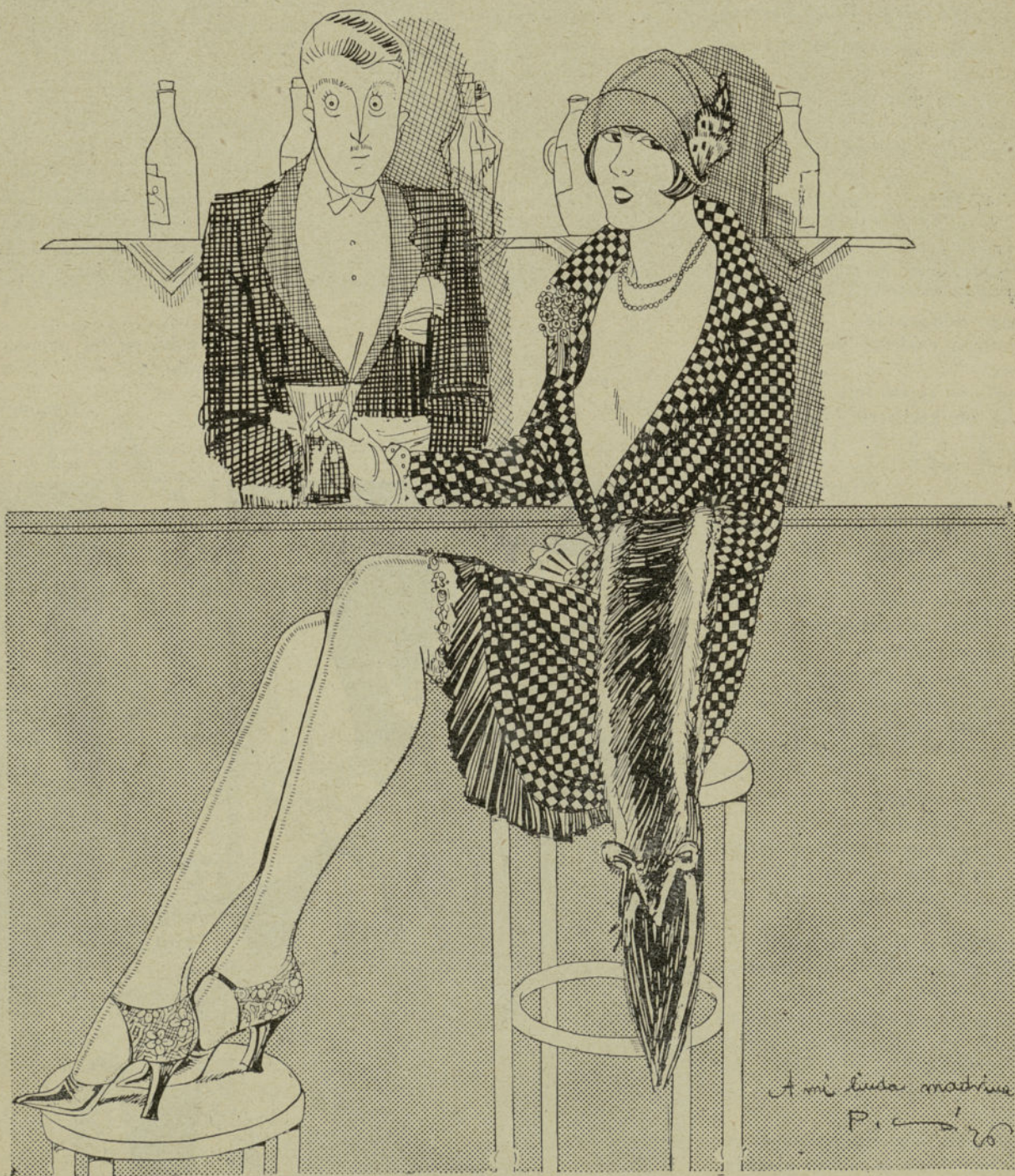
—¿Pero a qué vienen esas sospechas, marido mío? ¡No tengo yo absoluta confianza en ti!

Dib. de Herreros.

Valdés, crítico taurino y, a más y mejor, secretario de la Asociación de la Prensa madrileña, debe, puede, aprohijar esta idea. El *Niño de la Palma* sacrificándose en aras de la Prensa se ha hecho acreedor, cuando menos, a un nombramiento de socio "honoris cause". El que yerra y se arrepiente, el que ofende y repara, es digno de todas las buenaventuras. A mi trastornado juicio, del caso del *Niño de la Palma* se desprende una lección de alta moral que estamos en el caso de no desaprovechar. No corren buenos tiempos para la profesión. No se nos reverencia y apenas si se nos estima. Si un hombre, tras un momento de ofuscación, nos reivindicamos a los extremos de renunciación que ha llegado ese gallardo mozo coletudo, nosotros, holgándonos en ello, debemos aplaudirle la faena.

Considerad, ¡oh nobles camaradas!, que si no le indultáis habremos perdido todos la ocasión de mostrar a las gentes un caso excepcional de respeto a nuestras opiniones...

LEOPOLDO BEJARANO



Ella.—¿Ese que entra es el barón de Tronco Hermoso?
 El del bar.—El mismo; pero el pobre ha sufrido una amputación.
 Ella.—¿Y qué es lo que han amputado al barón?
 El del bar.—¡El... el título!

Dib. de Picó.

Cosas de Belorcio

El termómetro, mi sombrero nuevo y el hermano de mi novia

Yo creo que Demetrio está peor

El termómetro es un cacharro falaz.

Ayer me mandó llamar Demetrio, y cuando fui a verle estaba en la cama con el termómetro puesto.

El termómetro marcó 37°3.

Síntoma evidente de convalecencia franca.

Demetrio me encargó un artículo, y, a pesar de mis protestas, me lo pagó adelantado.

Síntoma evidente de fiebre delirante.

Por esto repito que el termómetro es un cacharro falaz. ¡Pobre amigo!

Mi sombrero nuevo

Tengo una novia berrenda en descarada, apretadita de filetes, sus miajas botinera y relativamente veta, que me trae más inquieto que si yo fuese un distinguido urbano porrudo y pitón.

Y además de mi novia, tengo un sombrero—estache, que decimos los académicos de Villa Rosa—que es el asombro de cuantos lo ven.

—¡Qué espanto de sombrero! ¡Cosa más bonita!

—Está a tu disposición.

—¡Que se te quite de la cabeza!

—¿Te lo vas a poner tú?

—Digo que está muy bien empleado.

Esta escena se repite tantas veces como *amiguítos* me encuentro.

Bueno, pues anoche fui a ver a mi novia con el sombrero. Y para presumir un rato, salimos la charala, el sombrero y el idiota que suscribe a *globetrottear* por el extrarradio.

Y, lo que son las naturales expansiones de la juventud alocada: una calle en penumbra, una rinconada propicia, un alto en la marcha y venga diálogo de circunstancias.

—Fíjate, ahora que no nos ve nadie.

—¡Que no me gusta eso, no seas bruto!

—Pero si no tiene nada de particular...

—Que no.

—Vamos, anda, tonta.

Y al asunto. A mí me gusta el asunto porque mi novia es dactilógrafa y se le nota bastante.

Mi sombrero, en la siniestra mano, hacía de biombo propicio, cuando sentí unos pasos a mi espalda.

Ella murmuró:

—Mi hermano.

Y colocó sus manitas en posición normal.

Yo apreté el sombrero contra el abdomen, a guisa de púdica cobertura, y esperé los acontecimientos.

—¡Hola! ¿Qué hacéis aquí?

—Ya lo ves: charlando.

—¡Caray! ¿Qué sombrero llevas!

—¿Te gusta?—grazné haciendo girar el sombrero sobre mi abdomen como sujeto por un eje invisible.

—¡Digo! Es precioso... Bonito color... ¿Muy caro?

—Nueve duros—y seguí dándole vueltas alrededor de su eje.

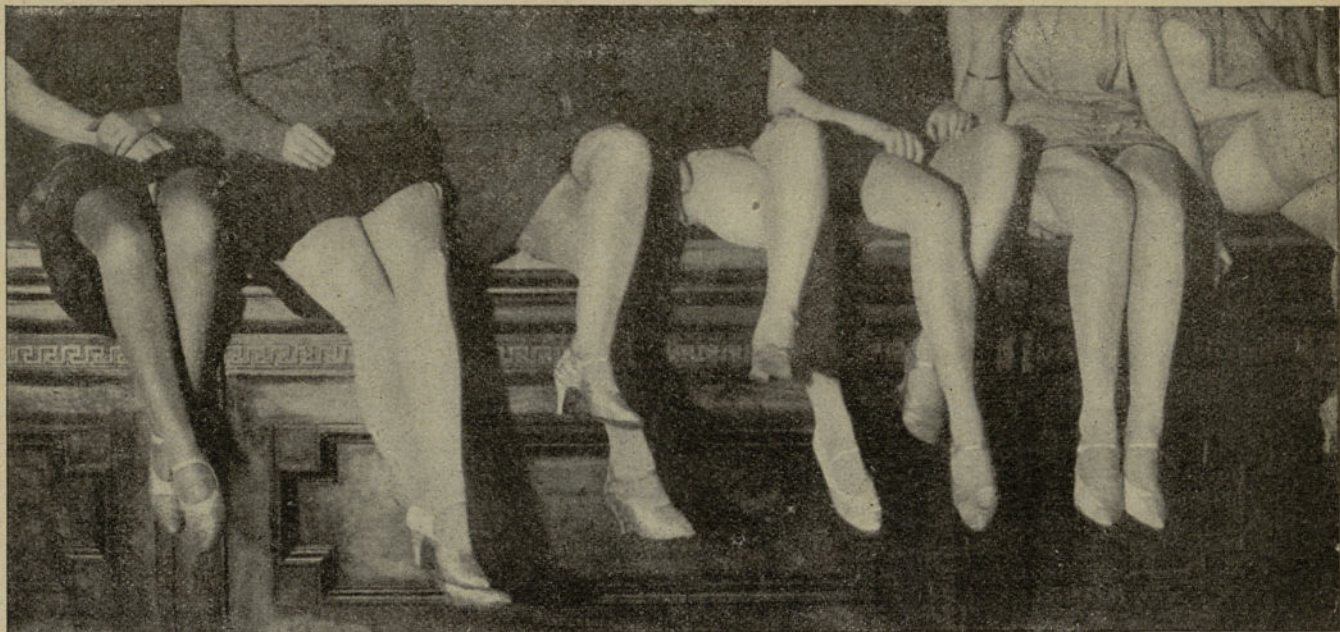
—¿Nueve duros? ¡Ya es precio! A ver...—y agarrándole del ala me le arrancó de las manos, dejando el eje al descubierto—. Nueve duros... Pero, ¿nueve duros con percha y *to*?

.....
Cuando volví en mí todavía estaba corriendo.

BELORCIO



INSTANTANEA DEL CABARET, por Belón.



LA PIERNA DE ORO

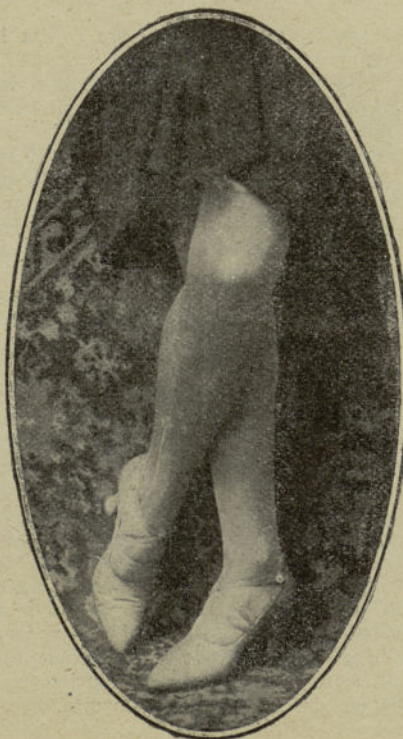
COSQUILLAS va a violinizar (no siempre va a ser organizar) un a modo de concurso de remos inferiores (siempre superiores) de señora, señorita y niña sin graduación.

Abrigamos el decidido propósito de que este concurso de piernas femeninas resulte algo así como la contumelia en traje de luces, la apoteosis a todo foro, el desmenuzamiento, el aletarguen, ¡la osa...!

El premio consistirá en una pierna de oro, de dije. ¿Dije que de oro?; pues dije bien si además dije que de dije.

Estamos abocados a recibir la copia fiel de las piernas de una bella y estruendosamente aplaudida primerísima tiple que recientemente se ha decidido a honrar el frívolo género de las varietés, que si se miran con los dos ojos y de repente las susodichas piernas, sin haberse tomado once reales de antiespasmódica, a alguno

habrá que hacerle la respiración artificial, y en cuanto racione y exija, habrá que hacerle otra cosa



para reducirle a la calma. Las piernas de la estupenda diva son, ¡qué digo una burrada..., una elefanta-da de maravillosas!

Y así como las de la hasta ahora incógnita *estrella*, o muy parecidas, irán desfilando verdaderos tesoros de piernas por estas páginas, *fotos* que yo no quería publicar porque pretendía que me enterrasen con ellas para entrar con buena pata en el limbo. Pero quiero festejar la vuelta a la vida de nuestro Demetrio (que ha estado a punto de hacer *el viaje*), y amenizadas por mis mejor elegidas gansadas, os serviré los más variados platos de piernas y *los más nuevos*.

Mi amo Pepito Walken va a dar comienzo: Vamos a irnos quitando los sombreritos, que va a officiar el fotógrafo cordobés.

Vuestro hasta haceros el carrizo,

INCÓRDIEZ

Cuentos al oído

En una posada

—Nada, nada, Melitón; yo no me marchó de tu posada. Compóntelas como puedas y ponme la cama en esa habitación grande que da a la calle de las Animas y que has partido por gala en dos mediante unos discretos biombos ensamblados. ¡Qué le hemos de hacer! Debí avisarte, es cierto; pero no me acordé de que había feria ahora y supuse que, como siempre, sobrarían alcobas donde descansar en tu casa... Y que estoy molido... No pienso cenar siquiera. Lo que tardes en disponer la cama, eso tardaré yo en acostarme. ¡Y hasta mañana, si Dios quiere!...

—Es que la otra mitad de la habitación, don Segundo, está alquilada por unos recién casados y creo yo que como les dé por arrullarse—que si les dará—va usted a descansar muy poco. Harto sabe uno lo que pasa. Al fin y al cabo, la carne es flaca.

—¡La carne! ¡Valiente cosa! A mis años, Melitón, ya estoy curado de espantos. ¿Unos recién casados?... Carantoñas, arrumacos, dulces suspirillos, nada me sacará de mi reposo... Anda, amigo, y ordena que me preparen un camastro, así sea de esparto. Mientras ellos se refocilan, yo dormiré y roncaré como un bendito.

—Así sea. Se lo he querido avisar, don Segundo, para que no se me quejara luego...



RAZONADISI

—Este novelista tiene razón: las mujeres pecamos por curiosidad de conocer el p

—No te preocupes, hombre, y haz lo que te he dicho...

Don Segundo, en efecto, yacía a los pocos instantes en un lecho cojitranco, único disponible ya en la posada. No echó de ver el fementido jergón, ni las sábanas no muy limpias, ni la colcha no muy inmaculada. ¿Para qué? El se proponía dormir y sabía de sobra que hay sitios donde, si ha de lograrse esto, conviene ser de esos de quienes dice la Escritura: "Tienen oídos y no ven, tienen ojos y no oyen"... ¿Al revés?... ¡Es verdad!... "No oyen y tienen ojos, no ven y... ¡Oh! ¡Tampoco así! ¡Por vida de! Lo sé decir, ¿qué duda cabe? Pero no me sale... Es algo más fuerte que mi voluntad... Ustedes, sin embargo, me entienden y comprenden que todo viene a parar en querer dar a entender que don Segundo se durmió en breves minutos. Quedóse panza arriba, tapado hasta la cintura nada más, desabrochada la rayada camiseta hasta el ombligo nada menos y resoplando como una foca cuando emerge del agua, ni más ni menos. ¿No vieron ustedes nunca una foca emergiendo del agua?... No importa. Es una lástima; pero no importa. Pasó el tiempo hollando con tático

calcañar el pueblo en fiesta. Iba de prisa, como siempre que nos trae alegrías, no lento y encalmado como cuando nos abruma la desgracia. Serían las cinco de la madrugada en el reloj de la torre parroquial y las cinco y media en el del Ayuntamiento, separados de antaño por largas diferencias, cuando don Segundo, sumergido en el limbo de un profundo sueño, creyó entreoír un repiqueteo persistente en los cristales del balcón.

—¿Granizará?—se preguntó para sus adentros.

El repiqueteo se intensificó de un modo rotundo.

—¡Ah!... Es la pólvora... los cohetes un poco lejanos...

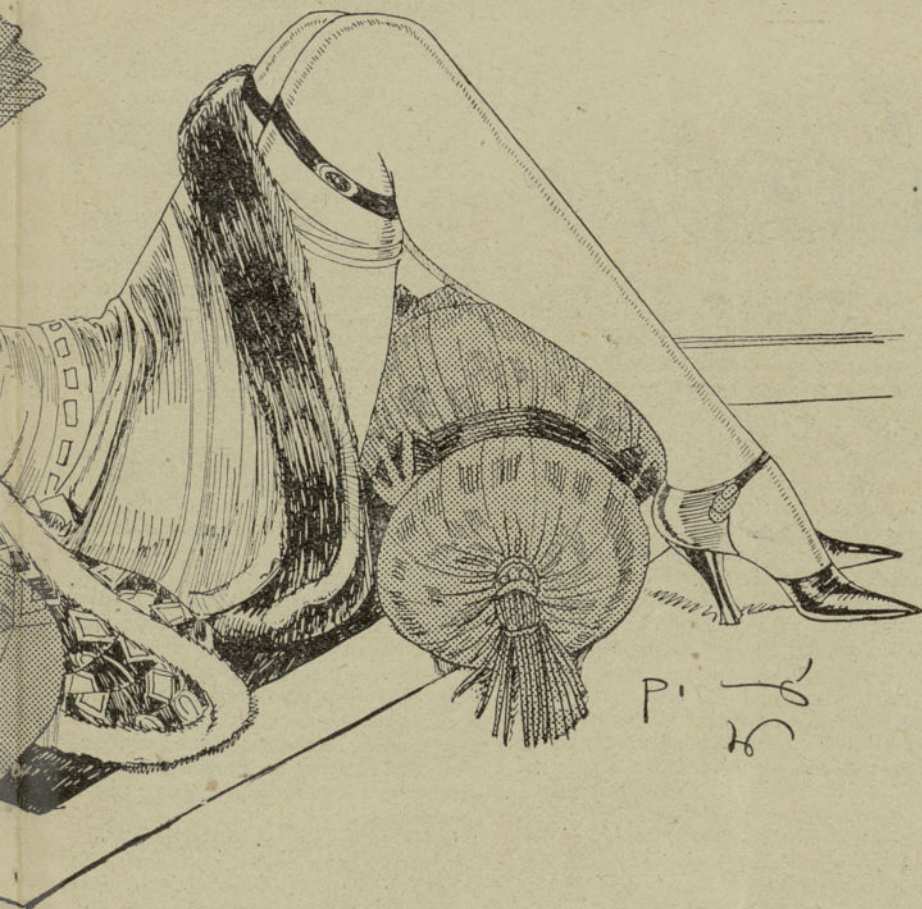


—Sí, esa fué novia mía; pero la dejé al cabo de un año, porque me enteré de cierta mancha que tiene en su historia.

—¡Bah! Yo tengo una novia, a la que veo una mancha todos los meses, y no la dejo.

Dib. de Bellón.

Queridos lectores de COSQUILLAS: Ya de los primeros fríos. Si en el primer ba de vuestra generosidad, en éste, en próximo haré mi trabajo habitual, re tolerancia haré el esfuerzo máximo, a ser digno de vuestro ap



...SIMO, por Picó.

... el pecado de fuera de casa. Los maridos nos debían servir todo el muestrario.

De pronto, sin embargo, hubo de escuchar una voz de hombre que decía:

—¿Me quieres, Elvirita?

Y una voz femenina, enronquecida de emoción, que contestaba:

—Más que a mi vida, Roquito mío.

A lo que siguió una estrepitosa cascada de besos.

—¡Caramba! ¡Los recién casados! —masculló don Segundo—. ¡Dejemos que disfruten los pobres! Correrán los días y vendrán para ellos otras horas amargas en que...

Don Segundo dió media vuelta y aun se subió la ropa de la cama hasta la cabeza para aislarse más de aquel idilio. Nuestro héroe era un tipo buenazo, que

se hacía cargo de todo y que, merced a su edad, hallábase más allá del deleite amoroso y a salvo del aguijón sensual. Nevaba sobre su cráneo, escarchaba en su corazón y helaba en su espíritu. Todo él era, pues, de carne; pero de carne congelada.

Intentó, por consiguiente, dormirse de nuevo, como lo consiguió con casi todo su organismo. Algo de su ser, no obstante, vigilaba, y mal que pesara a su deseo escuchaba lo que acontecía en la media habitación inmediata.

Fué primero la voz masculina, que dijo:

—Ponte tú debajo.

Vinieron a continuación unos suspiros hondos, un rechinar de maderas, un jadeo...

Hasta que la voz femenina clamó lánguidamente:

—¡Ay, que me aplastas!

Hubo tras de esto unos momentos de silencio. Roquito, al cabo, lo rompió—nos referimos, según es de suponer, al silencio—, y ordenó:

—Ahora, Elvirita, ponte tú de lado, a ver...

¡Qué dulces esfuerzos! ¡Qué suave quejumbre!

—¡No puedo más, Roquito!—concluyó casi por gemir la esposa.

—Pues no hay otro remedio, cogollo de mi alma—replicó el hombre con la voz ahilada por el ajetreo—. Colócate encima... ¡Así!... ¡Aprieta..., aprieta!...

—¡No aflojes tú, Roquito, no aflojes!...

En contra de su voluntad, don Segundo había ido despabilándose poco a poco, más de lo que le conviniera para su sosiego. A pesar de ello, con una sonrisa de hombre superior, anegada en las tinieblas, musitaba al escuchar los escarceos de sus vecinos:

—¡Buen programa el suyo!... ¡El programa eterno de cuantos enamorados hubo desde que la tierra existe! ¡Siempre igual! ¡Qué poca inventiva muestra el hombre en estas cuestiones del apuntamiento!

Al llegar a este punto de su soliloquio, la esposa afirmó rotundamente:

—Así no puede ser. Habremos de ponernos encima los dos...

Y acentuó al crujir de las maderas y el jadear de los recién casados.

Don Segundo, al oírlos, exclamó ya despierto por completo:

—¿Los dos encima?... ¡Caramba!... ¿Los dos encima?... ¡Esto es imposible!... ¡Esto hay que verlo!...

Saltó del lecho, subióse a una silla y expió... Ambos enamorados, en efecto, hallábanse en cima... encima de un baúl, haciendo sobrehumanos esfuerzos para cerrarlo. El baúl, atestado de ropa, abierta la tapa, bostezaba recalcitrante, como si se riese del asombrado don Segundo. Y por su bocaza se escapaban flácidas unas medias de seda, las mangas de una camisa y la sierpe de una corbata...

JOSÉ A. LUENGO

Ya estoy casi bien de este achuchón
er número les decía que todo lo espe-
en el que les anuncio que desde el
repito lo dicho. En pago a vuestra
ayudado por mis compañeros, para
aprecio.—DEMETRIO.



—María: esta mañana la he visto a usted dejarse abrazar por el mayordomo.

—¿A qué hora?

—A las diez.

—Se equivoca la señora. No era el mayordomo; era el chófer.

Dib. de Tirito.



LAS CRIADAS

La mayoría de los habitantes de este asco de bola giratoria, además de tener empuñada la papeleta del gabán, tenemos un amigo delgaducho que usa lentes y que, entre otras cosas fantásticas que nos narra, nos comunica que tiene una criada que es una joya, que la acaricia cuando siente apetitos desordenados, y que la tiene a su disposición desde las siete de la mañana, que suele levantarse, hasta las once de la noche, que se recoge a descansar. Y que de madrugada no la utiliza porque la cama en que ronca la doméstica está desencolada y cada vez que se pretende dar una vuelta en ella empieza a crujir de tal forma que despierta a todos los serenos de la manzana. Y con decir esto basta para que ustedes se figuren que la susodicha cama suena más que una niñera.

Nosotros, desde que tenemos uso de razón y nos enteramos que las señoras sirven para otra cosa que para coser a máquina, esperamos con ansias dementes el momento anhelado en que entre a estropear las comidas una joven morena y guapetona a quien poder estrechar en nuestros brazos amantes sin costarnos ni veinticinco céntimos.

Pero el hado adverso se complace en llevar a nuestra mansión unas marmotas de una fealdad que si hubiese muchas de ese estilo los vendedores de perros guardianes estaban arruinados. Con tener a nuestro servicio una joven de esta clase estábamos seguros que en el local no entraba ni un limosnero para publicar una dádiva.

Y no solamente feas, pues uno no es delicado, y hay momentos, en esta perra vida en que, no digo a uno de esos cocos domésticos que he descrito: ve uno a Ramón y Cajal y se titubea, sino de una honrada tan segoviana que por casualidad tropieza uno con su epidermis y nos arma un escándalo que, si no fuese porque somos unos señoritos educados y elegantes, era para pegarles un *zurrio* en una posadera y clavarlas en la pared de un tortazo.

Así es que el día que una de estas domésticas horribles sale de nuestro domicilio y la sustituye en confeccionar las patatas guisadas una joven de bonito rostro y de tipo colosal, damos un grito atroz de júbilo y nos disponemos, sea como sea, a que la recién llegada lance gritos de pasión, mientras que nosotros les decimos cosas dulces.

El primer día estamos serios y circunspectos, y solamente las miramos de reojo y con disimulo observando su carácter.

El segundo ya nos permitimos gastarle alguna chirigota a la hora del condumio, no con ella precisamente, sino con los familiares, para que ella lo escuche y ver si se solaza o permanece seria.

Y si se ríe y acoge las bromas con gusto, ya se puede empezar a actuar formalmente en los siguientes días.

Y empezamos por instalarnos en nuestro dormitorio cuando en la casa no hay más que la protagonista, y le decimos que nos traiga una vaso de agua, dispuestos a entablar con ella cuando entre una conversación prolongada y picaresca.

Pero la fámula, figurándose que el agua, además de ser un líquido es un pretexto, penetra con una seriedad que asusta, y lo único que nos atrevemos a decir después de apurar el contenido del vaso es "gracias", y además, con un tono apocado que al pensarlo después nos da rubor.

Y cuando se ha ido, nos tiramos de los pelos, nos llamamos animal a nosotros mismos y pensamos que hemos hecho el primo como cualquier hijo de una tía nuestra.

Y dejamos la prueba para el día siguiente, por si estamos más animados.

Pero sí, sí. Al día siguiente, cuando le pedimos el agua otra vez, llega muchísimo más seria, o, por lo menos, así nos lo parece, y solamente ingerimos el líquido y no decimos esta boca es de un servidor de usted.

Hasta que ya nos decidimos, y al noveno día y después de habernos bebido una de vasos de agua que nos están sentando como una pedrada, la decimos muy serios después de apurar el undécimo:

—¡Qué turbia está este agua, Leonor!

—Sí, señorito: muy turbia.

—Sí, sí: muy turbia, muy turbia—volvemos a decir, como si aquello nos preocupase muy hondamente.

Y no decimos nada más.

Y seguimos otros cuatro días con un miedo horroroso a meterle mano, porque estamos seguros que tocar una cadera a la joven y recibir una bofetada es todo uno.

Hasta que a los cuatro meses es ella la que, al servirnos el agua, que seguimos tomando diariamente, como si estuviésemos en Marmolejo, nos dice con un tono de chuffa que nos sobrecoge:

—¡Qué guapo está usted, señorito!

—¿Sí?

—Mucho.

—Pues tú también te las traes en lo tocante a belleza.

—¿Le parece a usted?

—Me gustas más que Doña Francisquita.

—¿Es alguna tía suya?

—Es tu padre, ladrona.

Y, después de hacer un esfuerzo supremo, nos levantamos, acercamos nuestra faz a la de ella y la apretamos por la cintura mientras la susurramos:

—Te voy a hacer una cosa que vas a llorar, chata mía.

Y aquí viene uno de los desenlaces a que estamos sujetos.

El primero, que es el más frecuente, es que nos hable mal de nuestra familia en términos groseros, y el segundo, el que baje los ojos y diga ruborosa, mientras nos atenaza una mano y fija su vista en un lugar determinado de nuestro tronco:

—¡Vamos, estéte quieto, señorito, que a lo mejor entran!...

Y nosotros contestamos con picardía:

—No te preocupes, que ya lo probaremos—y la conducimos a una butaca cómoda.

Y esto es lo peor que nos puede suceder.

Porque, después de trabajar tanto para conseguirla, estamos los primeros días encantados; pero al mes notamos que aquello no puede continuar.

Además de tener que andar con un sigilo horroroso para acariciarla y tener que gastarnos un dineral en esas cosas que venden reforzadas desde una pseta, para no tener responsabilidades, nos encontramos con un infierno en nuestro propio hogar.

La joven se aprovecha del pavor que nos infunde y se hincha de faltarnos al respeto y de ponernos en la cara unos pedazos de carne colorada que ella dice que son las manos.

Pero soportamos esto y el que cuando nos acaricia nos haga un daño que nos doble (porque las muy malas bestias se creen que eso que tanto les gusta es de cemento armado), y el tener que ir apestando a cebolla todo el día, al pensar que tenemos una mujer para nosotros solos.

Hasta que nos enteramos que nuestros tres hermanos también la recusatan, y los amigos también hacen lo que pueden, y pueden bastante, y que el lechero, igual, y el panadero, por el estilo, y que la muy pedazo de gallina tiene engañados a todos diciendo a cada uno que es para él solo.

Y llega el día que, cuando queremos celebrar con ella algún acto íntimo, tenemos que reunirnos los tres hermanos y los diez y siete conocidos que frecuentan la casa, para consultar el día y la hora en que le queda un rato libre.

Y es que, digan los vates lo que digan, no hay manera de encontrar una mujer perfecta.

La que no tiene unas cosas, tiene otras.

¡Pero son tan riquísimas esas cosas que tienen las hijas de sus madres, que no hay más remedio que agachar la cabeza, y cuando veamos alguna *gachí*, llevarnos la diestra a un bolsillo del *chanchullo* y entornar los párpados!

¡Es la única solución!

MIGUEL SANTOS

(Ilustración de Mihura.)

¡Apaga y vámonos!

Uno está ya convencido hasta la saciedad de la importancia de la luz, pero, por si era necesario alumbrar más el asunto, dos noticias recientes vienen a darle una brillantez muy apreciable.

La Sociedad Británica de Biología Marítima, que es una sociedad muy seria, acaba de comprobar que si uno introduce una bombilla de veinticinco bujías, naturalmente encendida, en las aguas del mar en seguida acuden los peces a millares, primero los boquerones de Málaga y detrás otros más crecidos hasta que finalmente se aproxima tal cual ballenato. El descubrimiento es interesante, porque abre una ruta luminosa a las artes de la pesca. Ya estamos viendo pescar truchas a bragas enjutas merced a una linterna.

Pero nos sorprende un poco que la Sociedad Británica de Biología y don Odón de Buen no pensarán antes en la influencia de la luz para toda clase de pescas. Sabido es cómo deslumbran los espejuelos a las alondras, y si las alondras se deslumbran ¿por qué no han de deslumbrarse las pescadillas gaditanas? Y olvidado tenemos todos la influencia de la luz, de "doña luz bendita", que dice un alguacil de todo nuestro afecto, para cualquier pesca que uno quiera emprender.

* * *

La otra noticia es más sombría. Se trata de la situación económica del monarca de Siam. El pobre rey Prachatipok se ve muy mal. Y sus súbditos lo van a ver peor, porque para arreglar un poco la situación no se le ha ocurrido cosa mejor que quedarse a obscuras.

El rey Rama gastaba demasiado dinero; especialmente en materia de luces era lo que se dice un derrochón. Una bombilla cada seis pasos; un candelabro cada tres metros y un arco voltaico en cada recodo. Parece que esto lo había de ver bien todo el mundo; sin em-

bargo, no era así. Los súbditos murmuraban porque toda la recaudación de cédulas se consumía en lámparas. Era demasiado.

Muerto Rama, sube al trono Prachatipok—¿no lo sabían ustedes? ¡Menuda crónica le hizo Gil de Escalante!—y al resplandor de todas las luces de su antepasado vió clarísimo que aquello conducía, a pesar de su luminosidad, a un fin tenebroso: a la ruina, a la quiebra, al concurso de acreedores, al más lamentable descrédito de los centros financieros. Y empezaron a pesarle las muchísimas libras que Rama hizo gastar en alumbrado.

La resolución ha sido radical: alumbrar todo el palacio con diez y seis lámparas de filamento metálico. Ni una más.

Así verán menos los que deambulan por el palacio real, pero Prachatipok empieza a ver claro en el régimen financiero de la dinastía.

¡Dios le aumente las luces!

JULIO CORTIS



Charlas de Incórdiez

¡Rediez, que susto!

¡Flojo ha sido el que me he llevado al ver lo sería que se ponía la bronconeumonía de Demetrio! Pero ya está fuera de peligro y, muy arropadito, sentado frente a su tablero, trazando con pulso casi seguro una portada para COSQUILLAS.

Primero me ha echado diez y siete broncas por las faltas que ha encontrado en los números de COSQUILLAS. De la penúltima bronca me libró Leopoldo Bejarano, que es casi médico, prohibiendo a Demetrio que articulara palabras, ni aun bien sonantes, y de la última bronca me salvó esta providencia nuestra que se llama doctor Picó, al que adoramos en esta casa, desde que ha



¿Cuál es el cuerpo peor vestido?

El de bomberos, porque siempre andan arrastrando las mangas.

¿Cuál es el nombre que no se debe poner a una mujer?

El femenino de Samuel, porque entonces es cuando s-amue'a para toda la vida.

ejecutado la hermosa faena de ponernos a Demetrio en condiciones de chillarnos con el pulmón averiado.

La arrogante figura del doctor Picó al entrar todos los días (algunos, tres veces) preguntando con su sonrisa, que aparenta amable indiferencia, pero que encubre una rápida ojeada a la cara del enfermo, ha sido esperada por nosotros estos días con la ansiedad que es de suponer. Yo le freía a preguntas: "Doctor, ¿y cuántas ampollas habrá que ponerle?" "¿Estará mejor esta noche?" "¿Ha desaparecido el peligro?" El, con una correcta indiferencia, contestaba: "Alcohol; las tijeras; eso es. Ahora háganme la merced de salir de la habitación setenta u ochenta. Así, perfectamente. Ahora no me pregunte nada, amigo Incórdiez, porque le voy a contestar menos que antes." "Pero si antes no me ha contestado a nada." "¡Pues menos!"

Y después se liaba a ponerle inyecciones con una maestría que daban ganas de dejarse pinchar. "¿Ha dolido?", preguntaba el doctor Picó a Demetrio. "Tiene usted manos de brisa", decía con voz débil nuestro amigo. "Bueno—dijo el doctor—, esto va muy bien, y mañana le daré buenas noticias; pero necesito que cuando se levante no haga ninguna tontería."

Y Demetrio, con su faz de esqueleto borracho y su voz insegura, le preguntó: —Entonces, si no hago tonterías, ¿de qué voy a vivir?

El doctor Picó pidió su sombrero entre carcajadas, y todavía cuando bajaba la escalera reía la ocurrencia de Demetrio.

* * *

Pero lo que a mí me ha asombrado es la cantidad y tamaño de las ampollas que le han puesto a Demetrio. Las había pequeñas y grandísimas. Cuando le ponían la pequeña lo podíamos ver con tranquilidad; pero cuando se le ponía la ampolla grande salíamos corriendo.

Vuestro hasta el algodón hidrófilo,

INCÓRDIEZ

Grafología moderna

UN NEURASTÉNICO. — Cándido, con pujos de Tenorio, predilección por el amor barato y amante de los teatros más baratos aun. Es usted lo que se llama amante de las malas compañías.

TECLA. — Bilbao. — Se descubre en usted una predilección por la música altamente alarmante. Si su afición es como espectadora mire bien lo que le tocan y si es como ejecutante le recomendamos simplemente que huya de los instrumentos que hay que hacerles vibrar con la boca. Eso es muy perjudicial para el pecho.

ASTUR. — Vasconia. — Chocholo que te engaña, achanto o así que te hases, dehesa que le mereses pues.

SILI. — ¿Confiesa usted que entretiene siete novios y se juzga por ello una romántica del amor? Con muchas románticas como usted los colchoneros se harían millonarios.

LAURA. — Madrid. — Es usted aficionada a los gatos, con preferencia a las hembras. Se le nota a usted en el rabo de las aes y en la cola de las eles. Le recomendamos prudencia, porque a lo mejor una felina es su perdición.

MARIQUITA. — Bilbao. — La carta que según usted le ha arrebatado a su cónyuge y que nos remite para su estudio nos revela que además de que el sujeto es un neurasténico es un viva la imagen de nuestra Señora de Begoña. Si fuésemos de un espíritu vengativo le recomendaríamos le pagase con la misma moneda, engañándole con un amigo como él la engaña a usted con una amiga, pero no podemos aconsejarle semejante venganza porque no somos vengativos... ¡y porque no somos el amigo que usted necesita para su venganza!...

LOLO. — Le encontramos muy ambiguo de rasgos caligráficos y más ambiguo de rasgos personales y nosotros con ambiguos ¡miau!...

FIFITA. — León. — Tiene usted un temperamento que la meten en el mar glacial y hierve.

ANTOÑITA. — Madrid. — Después de admirar, dando mugidos, su trato no nos es posible coordinar una idea fija porque tenemos la cabeza que cuece. Con una consultante de su tipo todas las semanas o nos atan las manos o nos encierran en el Sanatorio de Valdelatas incontinenti.

ZACARÍAS. — Lugo. — ¡No, señor!

No contestamos por orden riguroso de recepción porque no nos brota del hígado. Contestamos según nuestro intelecto nos da las soluciones, pero en el caso de dar la delantera a ciertas misivas, la delantera se la daremos a las señoras y no a un tío como usted.

UNA ADMIRADORA DE INCÓRDIEZ. Nuestro director, que es una mula en materia grafológica, se ha empeñado en contestar a usted personalmente. Nosotros declinamos toda responsabilidad porque estamos seguros de que meterá la pata. Ahora que si la mete será cuenta de usted.

EL DOCTOR VORONOFF CHICO



Ella. — Calla, Roque... Me propones unas cosas, que... se te nota que tienes casquería.

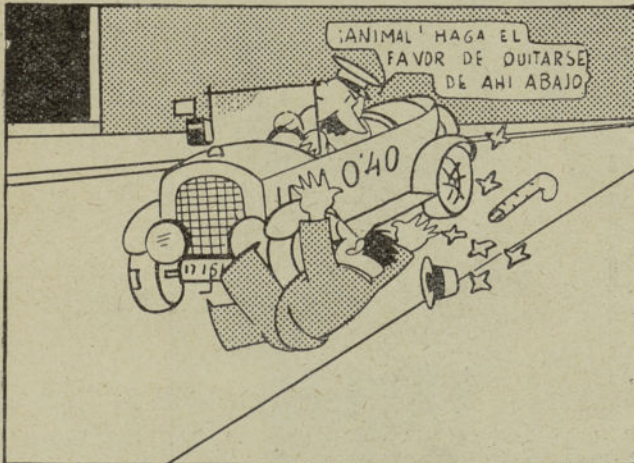
LA DEMENTE, por Mihura



1.—Según las señoras que le trataban, Fidel Segundo Capitulo tenía que usar pantalones "chanchullo" a la fuerza. La Naturaleza le había dotado de una cualidad, que ¡había que fastidiarse de qué cualidad!...



2.—Pero Fidel, a pesar de poder tener las mujeres a patadas, no coqueteaba más que con su señora, que a su vez sentía por él un cariño frenético y esquimal, que era una delicia.



3.—Mas un día triste de septiembre, un indecente "taxi" de 0,40 pasó sus neumáticos por aquella parte que Fidel más estimaba. ¡Qué horror! Después de ser preciso practicarle una operación horrorosa...



4.—... No hubo más remedio que hacerle una terrible amputación. Y cuando la señora vió que dos hombres se llevaban aquello, una locura fulminante se apoderó de ella. Fue una escena demasiado fuerte.



5.—Y ya loca, la cariñosa dama se pasaba el día pensando en aquello que presenció y diciendo tonterías. Y aunque su locura era pacífica, no podía salir a la calle, porque...



6.—... Todo la hacía prorrumpir en incoherencias.

Nuestra novela

En el próximo número dará comienzo la publicación de la novela semipoliciaca y amoroso-sinfónica que lleva por título el sugestivo y novedoso de

La mujer que se hinchó de esperar

Esta novela será escrita entre catorce o quince, a capítulo por esófago.

La idea no es nuestra, puesto que otros la pusieron en práctica. Pero nosotros hemos de mejorar la idea: nosotros haremos esto como los querubines cuando se juegan las alas a una cosa. En

La mujer que se hinchó de esperar

hallarán emoción, interés y decorado propio. El primer capítulo se deberá a la stilográfica de nuestro compañero Díaz-Antón, el cual, y en honor al público, se ha comprado una chichonera-tanque, porque dice que espera una manifestación de simpatía por parte de los lectores.

El primer capítulo de

La mujer que se hinchó de esperar

se titulará: *Lo que doña Clara Boya tenía en el Monte.*

Resulta de un interés brutal.
Lean

La mujer que se hinchó de esperar

en

Cosquillas



—¿Quieren ustedes ayudarme? Yo quiero elegir un gorrito que me caiga bien con la carnosidad de la espalda.

Dib. de Picó.



UNA PERRERÍA

Historieta muda, por Herreros.

Biblioteca Regional de Madrid

Historietas para el te El caramelo

Don Virginio de la Pampanganga era un redomado frescales con sobretodo de santo. Amparado en su porte de clérigo pueblerino y en su socarronería para hacer que se quemase la casa sin que se viese el humo, tenía engañados desde doña Cándida, su cándida cónyuge, al amigo más allegado.

Con la marrullería, que era su ejecutoria, solía correrse cada juerga que temblaba el Monasterio de Piedra, sin que los más suspicaces fueran aptos para desenmascararle, y así pasaba tan ricamente la vida, entregado a una crápula sorda, pero sabrosa.

Mas... tanto va el cántaro a la fuente que un día se casca, y el de don Virginio se cascó por su propia boca, sin que nadie más que la justa Providencia obrase de cascote destructor.

Veréis cómo acació la tragicomedia:

Una noche se presentó el tenorio enmascarado muy grave y taciturno en su domicilio. Con voz afectada iba a comunicar a su consorte que no cenaría en casa y que quizá no durmiese en ella, porque acababa de *dñarla* uno de sus más entrañables amigos y estaba en la obligación de hacerle la velada natural.

Y efectivamente. Se vistió de riguroso luto de los pies a la cabeza, y muy grave se marchó a cenar con una corista de un popular coliseo, con la que estaba previamente citado en el reservado de un restaurante de moda.

Era la tal corista una lagartona más corrida que la copa Gordon-Benet, y con sus resabios y lagoterías había cogido, como vulgarmente se dice, el pan debajo del brazo al solapado D. Virginio.

La cena fué opípara; el escarceo, fantástico, y la libación, de bacanal romana. Tanto, que a los postres el magnífico tenorio brindaba por las Cortes Constituyentes y por la jubilación de la Chelito.

En esta tesitura, su amable conquista tuvo la ocurrencia de sacar un caramelo y dedicarse a la dulce tarea de diluirlo a pequeños lametones, mostrando parte de él entre la gama coralina de sus maquillados labios.

D. Virginio, como un bebé de tres años, sintióse amante de la golosina, y dando cabriolas por el diván, lo mismo que un gato retozón, empezó a gritar:

—¡Yo también quiero chupar!

La coqueta no tuvo inconveniente en cederle parte del manjar, brindandoselo en su propia boca, y como dos pichones que se dan el pico, se dedicaron a la sabrosa tarea de chupar el caramelo, cada uno por su correspondiente extremo...

Bien corrida la noche, D. Virginio regresó a su hogar. Pese a sus esfuer-

zos para parecer grave y sereno, la *merluza* nadaba alegre y retozona entre el champán ingerido, y para disimularla optó por hacer el menor ruido posible y zambullirse en el lecho sin que, a ser posible, se enterase su *cándida*.

Y así fué. Como Dios le dió a entender, se despojó de sus fúnebres vestiduras, y a puñados se metió en el lecho y a poco roncaba como un bendito que sólo ha hecho obras de caridad en este mundo.

Pero a la *merluza*, que debía ser de una fantástica condición, le dió por retozar en su interior revoltoso, y a poco dió comienzo en su imaginación una serie de evocaciones gratas de los momentos más felices y agradables de su pícara existencia.

De repente, una sonora bofetada que

su cariñosa costilla le administró a todo lujo le sacó de la irrealidad del sueño para transportarle a la realidad del momento.

—¿Eh? ¿Qué ocurre?—preguntó sobresaltado, al tiempo que se llevaba ambas manos al lugar de la catástrofe.

—¡Eso digo yo, so guarro!—replicó indignada doña Cándida, mientras que con la sábana iniciaba la tarea de limpiar la terminación de su espalda de algo que brillaba en ella.

—Pero, ¿qué pasa?—volvió a preguntar D. Virginio sin explicarse aquella actitud de su consorte.

—Pues pasa—replicó ella—que me has tomado por un pirulí de la Habana.

Y D. Virginio, todavía atontado por la borrachera, exclamó con tono simple:

—Ah, sí, es que, ¿sabes?... creí que era... ¡el caramelo!...

FIDEL PRADO.



COSAS DEL TIEMPO

Ella.—¡Bueno, "pichi"! ¿Cuándo vas a cambiar de disco? Porque llevas ya dos horas elogiándome el otoño.

Dib. de Bellón.



Album de belleza

¡Bueno; es que estas norteamericanas son verdaderas consagradas en eso de enseñar con arte todas aquellas partes de su cuerpo que merecen nuestra admiración y alguna que otra dentellada! He aquí la linda bañista, con qué sereno gesto se abre de capa. ¿Verdad que dan ganas de *entrar*? ¡De entrar y cerrar la puerta con llave! Vuestro hasta las mulillas, INCORDIEZ.



ALBUN DE BELLEZA
ARTISTAS ESPAÑOLAS RETRATADAS POR WALKEN

CARMELITITA JIMENEZ

Por ese nardo que tienes en la rosa de tu boca, sería capaz de desafiarse a pisotones á Ochoa. ¡Pero tú te has creído que se puede ser tan bonita, así, sin más ni más? ¡so divinal Señores, ya lo saben ustedes; para ver actuar a este tormento de Carmelita no hay que comprar más que la butaca o el palco; el berrínche lo dan gratis! Guapaaaan! Te ofrece su lengua para plantilla de tus zapatos, Incordiez.